

LA PENINSULA SUBURBIAL DE BARCELONA

MIS amigos viven en una planta baja de la calle de Los Pescadores, a pocos metros de la playa. Toda su vida ha transcurrido junto al mar, pero el mar, desde aquí, no se vislumbra: queda oculto tras la tupida muralla que forman los «merenderos», un amasijo de barracones gastronómicos, algunos de ellos bastante apreciados por los buenos amantes de los condumios marineros de lujo. Mis amigos no están para banquetes ni sienten ningún entusiasmo por el mar. Ya no les tientan los placeres de la playa, pero si quisieran gozarlos, lo mejor que podrían hacer sería inscribirse como socios en alguna entidad

deportiva entre las varias con que cuenta la Barceloneta. La playa municipal, libre y de todos, es tan reducida, que más corresponde a un caserío disperso que a una ciudad bimillonaria. Claro, que no hay mal que por bien no

durante mucho tiempo las aguas han sido un sucio caldo, teñido por los desechos fabriles y las grasas portuarias, y en el que, pese a todo, muchísimos ciudadanos no tenían escrúpulo en meterse. La cosa ha mejorado, y

y la economía: los terrenos se revaloran, sube el precio del palmo cuadrado, y entonces se descubre la olvidada belleza del mar. Hoy por hoy, el barrio continúa donde está y no parece que vaya a desaparecer a corto ni a medio plazo. Pero todo se andará... La gran Barcelona del año 2000 no sería lo que su burguesía sueña que será con ese barrio degradado y anacrónico que tanto afea la perspectiva marítima de la ciudad...

Mis amigos son un matrimonio de jubilados. Suelen permanecer siempre en casa, porque no existe ningún lugar apropiado en la Barceloneta para pasear. El Paseo Marítimo más bien les deprime:

Jorge Fibla Feito

venga. Desde que la playa es un monopolio casi exclusivo de las organizaciones deportivas recreativas, las arenas presentan un aspecto bastante más aceptable que el de hace unos años, cuando eran un auténtico basurero. También

probablemente mejorará aún más el día en que la desaparición del barrio tal como es actualmente, deje de ser una utopía y se convierta en una zona más o menos residencial. Existen curiosas conexiones entre la estética urbana



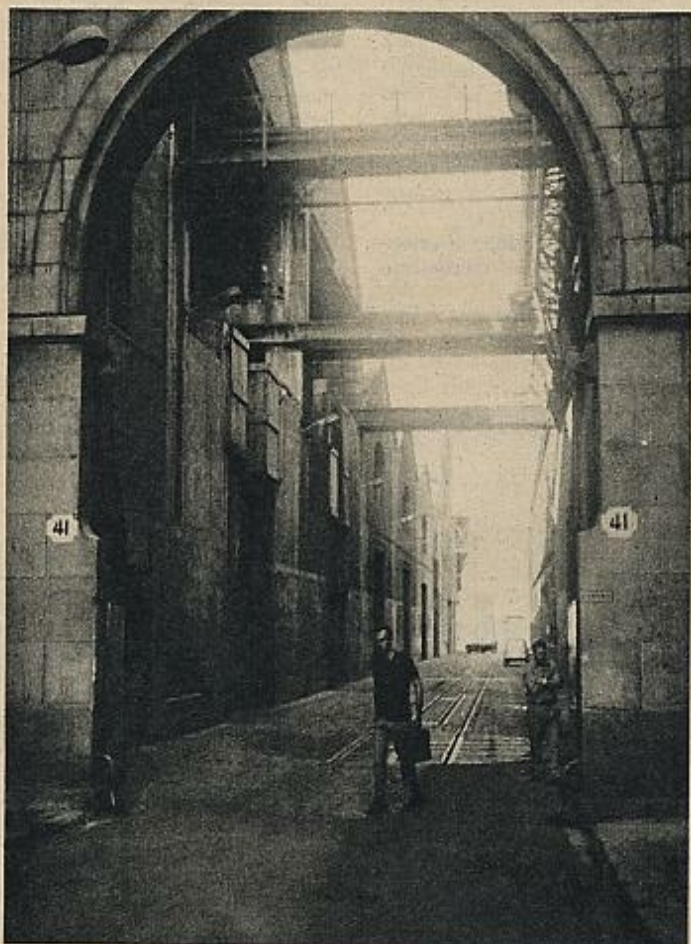
A falta de lugares apropiados, los niños se divierten como pueden en las calles.



Fuente dedicada a Carmen Amaya, junto al paseo marítimo del general Acedo: tiene diversos usos, aparte de su función monumental.



La función pesquera caracterizó al barrio durante mucho tiempo. Hoy, aunque es una actividad importante, ya no constituye la fundamental.



Teóricamente, los terrenos que hoy ocupan estos edificios en desuso de La Maquinista Terrestre y Marítima deberán convertirse en zonas verdes...

está descuidado y carece de jardines en los que solazarse. La falta de espacios verdes es angustiosa en la Barceloneta. Ni siquiera existe media docena de metros cuadrados con césped y árboles.

Cuando mis amigos están enfermos, deben trasladarse a la ciudad, puesto que el barrio no cuenta con los servicios médicos que deberían corresponder a una población de sus dimensiones: no existe el necesario ambulatorio con capacidad suficiente. Muchos vecinos del barrio —sobre todo los ancianos, que lo habitan en gran número— se consideran un tanto al margen de Barcelona y todavía dicen que «van a la ciudad» cuando se desplazan. Contribuye a esta concepción el aislamiento físico del barrio. La Barceloneta conserva todavía la «frontera» formada por los raíles que surgen de las instalaciones ferroviarias de la RENFE y se adentran en el puerto. Cuando un largo tren de mercancías transita por ellos, la península suburbial queda momentáneamente desconectada del resto de la ciudad: la circulación interrumpe y los peatones, impacientes, se arraciman en las aceras ante un convoy que suele discurrir con lentitud exasperante.

La planta baja en la que viven mis amigos consta de tres piezas, una central y dos laterales. La central es un cuadrado diminuto que contiene el comedor, la coci-

na y un servicio que sirve para lo más justo. Cada vez que visito a mis amigos me maravillo de su adaptación a un espacio vital tan reducido. Pero sus exiguas necesidades (están acostumbrados a una escasez, en todos los órdenes, propia de otros tiempos) no les plantean graves problemas. Me pregunto qué sucederá en otras viviendas similares donde viven familias compuestas por cuatro o seis miembros. Y me respondo con una sola palabra: hacinamiento.

Estamos en pleno verano, y durante el trayecto hasta el domicilio de mis amigos, veo que muchos vecinos utilizan las aceras como «salita de estar». Algunos están atentos a las incidencias que ocurren en el televisor, que fosforece en un rincón del angosto comedor. Ven las imágenes desde la calle, a través de la puerta abierta de su vivienda. Hay quien deduce de esta clase de estampas concomitancias con pintoresquismos de corte italiano... Las guías turísticas, que no suelen ocuparse de los aspectos sociales de los lugares que describen, contribuyen a dar imágenes un tanto idílicas de zonas urbanísticamente vergonzosas. Por ejemplo, en la exhaustiva guía *Barcelona pam a pam*, de la que es autor don Alexandre Cirici, se traza un recorrido para visitar la Barceloneta, cuya extensión es de dos kilómetros, y la duración, de una hora y veinte minutos. ¿Qué puede verse en tales dimensiones espacio-temporales? Según el señor Cirici pueden verse comercios de velas, esmaltes, luces, instrumentos de navegación, cuerdas, cables y aparejos de pesca, y también los restaurantes marineros... Puede que estos establecimientos dedicados a la pesca existieran en 1952, fecha en que fue publicada la primera edición de la guía: hoy sería difícil localizar más de dos comercios de esa clase en todo el barrio. ¿Qué es, entonces, lo que puede encontrar el visitante, aparte de los mencionados restaurantes marineros? *B a r e s*, tabernas, lugares para el «tapeo»... Hay demasiados locales de ese tipo y dos kilómetros dan poco de sí. Los humos de las frituras aromatizan la atmósfera de la Barceloneta. Los vecinos se quejan en las reuniones de la Asociación: las condiciones higiénicas del barrio dejan mucho que desear. El visitante que se aparte del itinerario propuesto por el señor Cirici en su guía, verá realidades distintas del «ambiente marinero». Desde luego, ya no verá las redes de los pescadores tendidas en las aceras, a la puerta de sus casas, ni tampoco las señoras que, también sobre la misma acera, se de-

LA PENINSULA SUBURBIAL DE BARCELONA



Exteriores decrépitos, sucios, que muestran los estragos del tiempo y los malos remiendos de otras épocas...

dicaban a oficios que han pasado hace mucho al archivo de los recuerdos, como las que reparaban paraguas. El visitante verá un suburbio que es un ejemplo perfecto de *slum*, de zona marginal, con los problemas de toda índole que tal naturaleza comporta, agravados por una serie de dificultades insoslayables, como la imposibilidad de expansión natural a causa de su situación geográfica.

En efecto, la Barceloneta es una pequeña península de forma triangular, delimitada por el mar por Levante, Mediodía y Poniente. Nació en el siglo XVIII como compensación para los barceloneses que perdieron sus viviendas cuando Felipe V ordenó destruir el barrio de Ribera para construir la atemorizante mole de la Ciudadela, monstruo castrense que nunca sirvió para nada, excepto cuando las tropas francesas invasoras se dedicaban a ahorcar liberales. El barrio fue construido según una avanzada concepción urbanística,

notablemente racional. Lo más destacable fue la fijación de la altura de las casas, que no excedían de dos plantas, la uniformidad de su modelo y el trazado rectilíneo de las calles, dentro de un recinto cuadrangular. Mercedes Tatjer, en su estudio sociológico-histórico del barrio (1) ha señalado que la Barceloneta es un ejemplo del urbanismo barroco. «Podemos afirmar —indica la profesora Tatjer— que es una de las mejores obras del urbanismo barroco español y que, al mismo tiempo, responde en sus motivaciones y características a creaciones similares realizadas en Europa durante el período barroco». Y añade que, por otra parte, es la expresión espacial de los intereses concordantes de las clases dominantes en la Barcelona de fines del

(1) Tatjer, Mercedes: La Barceloneta del siglo XVIII al Plan de La Ribera. Los Libros de La Frontera. Barcelona, 1973. Págs. 51-53.

siglo XVIII: la naciente burguesía mercantil e industrial y el centralismo, representado por las autoridades militares.

Si la Barceloneta hubiese conservado el carácter de su fundación, hoy sería un barrio auténticamente pintoresco. Y, probablemente, habitable. Pero a través de los tiempos, la barriada ha ido degradándose paulatinamente. En principio fue pensada para albergar a los pescadores y marinos. Cuando, en 1753, se procedió a la erección del barrio, el capitán general de Barcelona, marqués de La Mina, hizo un llamamiento a todas las gentes de mar que quisieran vivir en la nueva población «para que si alguno faltase del demolido barrio de Ribera que esté sin barraca en la marina, que acuda a Nos con su instancia y se le señalará terreno según el que justifique que antes gozaba».

Siguiendo el informe de la profesora Tatjer (2), la vivienda del siglo XVIII constaba de planta baja y un piso, y poseía en total 141,12 metros cuadrados. «Más tarde se separó la planta del piso, formándose así una vivienda llamada *mitja casa* —media casa— y posteriormente, cada una de las dos medias casas se dividió de nuevo, surgiendo el *quart de casa*, o sea, la cuarta parte de la vivienda inicial del siglo XVIII».

La mayor parte de las 35.000 personas que pueblan las 71 hectáreas del barrio viven en estos «cuartos de casa», habitáculos de 33 metros cuadrados carentes de condiciones y servicios elementales.

Como no era posible su expansión superficial, el crecimiento

(2) Ob. cit., pág. 27.

del barrio se ha realizado en altura. De las dos plantas primitivas se pasó a cuatro, y más tarde llegó a seis u ocho. El resultado es que las calles, estrechas en relación con la altura de las casas, son oscuras. Como no existen patios interiores, los balcones y las ventanas exponen las coladas puestas a secar. Muchos edificios muestran exteriores decrépitos, sucios, ejemplos de los estragos del tiempo y los malos remiendos de otras épocas. En algunas zonas, el descuido es tan grande, que las fachadas muestran todavía los orificios producidos por la metralla de los bombardeos que sufrió Barcelona durante la pasada guerra civil.

No hay parques (el de la Ciudadela está completamente separado del barrio por la estación de Francia), ni escuelas gratuitas, ni Instituto de Enseñanza Media, ni guarderías, ni parvularios. Ya he mencionado el abandono en que se encuentra el Paseo Marítimo del General Acedo, en cuyos alrededores existe una pequeña fuente monumental dedicada a Carmen Amaya, nacida en el Somorrostro, la infame aglomeración de barracas que hasta hace unos años ponía una nota sombría más al panorama desolador de la Barceloneta. Pues bien, esa fuente tiene diversos usos, entre ellos el de servir de piscina a los niños, los cuales, a falta de lugares apropiados, se divierten como pueden en las calles. También he hablado de la proliferación de bares, con su inevitable secuela de ruidos, humos y contaminación. A todo ello hay que añadir que el regado de las calles es defectuoso. La barriada, en definitiva, carece para quien no se quede en



La desaparición de las instalaciones de La Catalana de Gas y Electricidad es otra esperanza de respiro para el barrio superpoblado.



Un importante sector de la juventud barcelonense se cuestiona con seriedad los problemas de su barrio.

lo meramente superficial de ese pintoresquismo que le atribuyen las guías: es, por el contrario, cochambroso, feo y racionalmente inhabitable. ¿Cómo se ha llegado a esta situación?

El hecho de que Barcelona esté junto al mar no resulta obvio, como pudiera parecer, desde la mayor parte de sus lugares. Una tenaz voluntad de olvidarlo ha presidido la actuación municipal desde antaño. En el siglo XIX, la industrialización creciente instala sus factorías en la Barceloneta. La función pesquera, que hasta entonces había caracterizado al barrio, pierde su primacía. Ahora es la actividad industrial la que toma la batuta. Los talleres de La Maquinista, las fábricas de La Catalana de Gas y Electricidad, los talleres de Nuevo Vulcano y otras varias industrias hacen que cambie la fisonomía social del barrio. La Barceloneta es ya un suburbio industrial, de acuerdo con los intereses de la burguesía en aquel momento. Pero con el tiempo, esos intereses evolucionan y se desplazan. El desarrollo trae consigo nuevos conceptos sobre la ubicación más idónea de las industrias. Ya no es preciso que éstas continúen en la Barceloneta.

Es entonces cuando surge el llamado «Plan de la Ribera», un proyecto de modificación del Plan Comarcal que afecta al «sector marítimo oriental» de Barcelona; es decir, la Barcelona y el fabril Pueblo Nuevo. ¿En qué consiste ese Plan? Se trata de dar a Barcelona lo que nunca tuvo: una fa-

chada marítima aceptable. El Plan comienza a airarse en 1965. Se publica un folleto titulado Barcelona, ciutat que no pot seguir vivint d'esquena al mar. Ya no quieren que la ciudad dé la espalda al Mediterráneo. Esa misma burguesía que ha obtenido su provecho del barrio industrial, se cuestiona ahora la necesidad de variar el panorama costero barcelonés de la noche a la mañana. Lo malo es que no parecen preocuparse demasiado de los costos sociales que el proyecto supondría. En unas declaraciones efectuadas al Diario de Barcelona, el 25 de abril de 1971, el gerente de La Ribera, S. A., entidad promotora del Plan, dice: «Es obvio que a pesar de la ponderación del planteamiento municipal, han de resultar ciertos perjudicados. Sin embargo, ello no debe paralizar una actuación de interés público, sino que debe proveerse al debido resarcimiento de los perjuicios ocasionados...». El quid de la cuestión está en que muchísimas personas no ven nada claro en qué forma y bajo qué condiciones se procedería a ese «devido resarcimiento». Desde el principio se producen reacciones desfavorables. Los vecinos de la Barceloneta y los de Pueblo Nuevo se aglutinan, y elevan al municipio una impugnación unánime. El Plan, que afectaba con sus expropiaciones a unas 180 familias, es devuelto al Ayuntamiento por la Comisión de Urbanismo, la cual le encuentra numerosos defectos.

La Asociación de Vecinos de la

Barceloneta, unida a diversos grupos parroquiales, dentro de los que trabaja un importante sector de jóvenes que se cuestionan con seriedad los problemas de su barrio, hace cuanto puede para proteger los intereses de los vecinos.

Ultimamente se ha debatido la incidencia del Plan Comarcal en la Barceloneta. Este Plan, revisión del de 1953, dista mucho de resolver los problemas agobiantes en una macrourbe urbanizada de modo caótico. Es un Plan que puede dar a Barcelona algunas soluciones más radicales que las adoptadas hasta ahora. Lo que no puede hacer, por lo visto, es poner remedio a las degeneraciones urbanísticas crónicas, como la que sufre la Barceloneta.

El Plan Comarcal presta una gran atención a la red viaria básica. Naturalmente, son las autopistas las que acaparan esa atención. Se da muy poca importancia al transporte público. Precisamente por la zona verde que el Plan asigna a la Barceloneta (situada en los terrenos ahora ocupados por la fábrica de gas y

vienda. Entre las reclamaciones que los vecinos de la Barceloneta han dirigido a la Comisión de Urbanismo autora de este Plan Comarcal, no figura el problema de las viviendas de 33 metros cuadrados. Se considera utópico pensar que en las actuales circunstancias —ni en las por venir— pudiera ponerse remedio satisfactorio a esta situación. Y, sin embargo, que una familia haya de vivir en una superficie tan reducida sólo admite el calificativo de inhumano.

Barcelona se ha distinguido siempre por presentar arduos problemas urbanísticos. En parte, han sido motivados por los condicionamientos geográficos, poco propicios para la expansión abrumadora de la ciudad. Pero, sobre todo, la causa del caos radica en una actuación muy poco edificante —en un sentido social, puesto que en el arquitectónico se han excedido— por parte de quienes han tenido la responsabilidad de su crecimiento. La Barceloneta ha sido y es una especie de facsímil de esa situación general barcelonesa; un problema



Una de las pocas construcciones de dos plantas que se conservan tal como fueron concebidas en el siglo XVIII.

los edificios en desuso de La Maquinista) ha de cruzar la autopista litoral. Son dos realizaciones que se dan de patadas: la tranquilidad de quienes disfrutaban del jardín interrumpida por el estruendo del tráfico. Y el peligro subsiguiente, porque ya se sabe que los niños son la mayoría usufructuaria de las zonas verdes.

El defecto más importante de este Plan es que soslaya casi por completo el problema de la vi-

urbanístico y humano vivo, un campo de experimentación para los planificadores teóricos, un motivo constante de enojo para sus habitantes, una llamada a la reflexión de cuantos consideran que una vida humana plena precisa necesariamente de un hábitat adecuado en donde imperen los mínimos: mínimo de hacinamiento, mínimo de ruidos, mínimo de contaminación, mínimo de fealdad paisajística. ■ J. F. F.